DOMINGOS DE PASCUA

Algunos comentarios positivos que merecieron mis breves apuntes sobre las lecturas de los domingos de cuaresma me han animado a hacer algo parecido con las de los domingos de pascua. Cuando escribí aquello no sabía muy bien si pretendía algo. Ahora confío en que estas reflexiones sirvan para facilitar una especie de sinopsis de las correspondientes lecturas de los domingos de este tiempo pascual. Es lo que se me ha valorado. Ya sé que esta sinopsis es subjetiva y parcial, con muchas limitaciones. Pero es lo que se me ha ocurrido y la pongo a vuestra disposición. Hago la advertencia de que cuando hay varias opciones de lecturas he tenido solo en cuenta la primera opción. Y eso refiriéndonos exclusivamente a la misa del día, no a la de la vigilia, si la hay.

El delicioso relato de la creación de Génesis 1 nos cuenta cómo Dios necesitó una semana para completar su obra creadora. Incluido el día de descanso. El relato no menos delicioso de Hechos 1-2 (cf. especialmente 1,3; 2,1) nos cuenta que la nueva creación requiere una semana de semanas (cuarenta días de manifestaciones: una especie de anticuaresma… hasta el día 50. La verdad es que los últimos diez días no sabemos muy bien en qué se nos van…). Con la diferencia de que aquí ya todo es día de descanso, de celebración, de gozar de la presencia divina. Todo está cumplido. Quedó cumplido en la cruz. Todo es domingo, día del Señor. La gran obra pascual no termina hasta el día 50 (pentecostés). Vamos a comenzar ahora esa gran celebración. El gran domingo. El gran descanso. El séptimo día. Siete semanas de pascua.

PRIMER DOMINGO*:* *"Hasta entonces no habían entendido la Escritura. Que él había de **resucitar** de entre los muertos"*

La losa quitada del sepulcro, las vendas en el suelo, el sudario enrollado, entrar dentro del sepulcro… no parecen datos suficientes para la sorprendente reacción del discípulo al que tanto quería Jesús: "vio y creyó". Al evangelista no se le ha ocurrido forma mejor de contárnoslo. La experiencia que aquel discípulo tuviera, la que tuvieron los demás, la que tenemos nosotros, no es fácil de describir. Siempre hay algo más de lo que parece, algo que escapa a los sentidos y a las posibilidades de expresión. Pero lo cierto es que compartimos esa fe: "Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia que estás resucitado; la muerte en ti no manda". Pero esa gracia no se ha concedido a todos, sino solo "a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección". Como Pedro y los primeros discípulos, nosotros, cuya vida "está con Cristo escondida en Dios", formamos parte del grupo selecto de testigos y hemos recibido el encargo de dar "solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos".

Es verdad que sin la experiencia de los primeros discípulos y sin su testimonio, la gracia de esa fe no nos habría llegado. Pero hemos tenido la suerte de que sí lo ha hecho, y eso nos convierte en un eslabón más de la cadena. Celebramos con alegría la resurrección del Señor, y a la vez nos comprometemos a "contar las hazañas del Señor".

SEGUNDO DOMINGO: *"Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es* ***nuestra fe".***

Por la fe aceptamos que Jesús es el Cristo, el Mesías de Dios. Por la fe amamos a Dios y al que ha nacido de él. Amando a Dios, amamos a sus hijos, y eso se nota en que cumplimos los mandamientos, es decir la voluntad divina. Y se traduce en comunión, como aquel primitivo grupo de creyentes en el que "todos pensaban y sentían lo mismo, lo poseían todo en común…se distribuía según lo que necesitaba cada uno". Es claro que la fe cambia el mundo. Su fuerza transformadora es impresionante. Los valores se invierten y lo que parecía imposible se convierte en real. Que esa comunión de vida esté idealizada en los sumarios de Hechos, que en la práctica cotidiana las cosas sean más difíciles de llevar a cabo, no importa demasiado. El norte hacia el que debemos dirigirnos sí lo tenemos claro.

De Tomás se suele subrayar su incredulidad, pero su duda inicial tiene algo de positivo. Por una parte nos habla de la necesidad de que la fe sea personal. En cierto modo, que los demás hayan visto al Señor a él no le sirve de mucho. Como a nosotros la fe de nuestros padres, o de la Iglesia… Por otra parte, da ocasión para mostrar la identidad entre el crucificado y el resucitado y para que caigamos en la cuenta de que el resucitado lleva siempre las huellas de la pasión. Quizá a veces olvidamos este pequeño detalle cuando buscamos la presencia de Dios en lugares donde no están esas huellas ¿Cómo vamos a encontrarle en la fama, el dinero, el placer?, ¿dónde están las llagas del costado y las señales de los clavos?

Y en todo caso, la última palabra no la tiene la duda inicial sino la confesión final: "¡Señor mío y Dios mío!" Los que crean sin haber visto están en su derecho y merecerán todas las alabanzas del mundo, pero Tomás merece un respeto ¡Qué gran creyente!

TERCER DOMINGO: *"En su nombre se predicará la conversión y el* ***perdón de los pecados*** *a todos los pueblos"*

Ya escuchábamos el domingo de pascua en la primera lectura que "el testimonio de los profetas es unánime: que los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados". El domingo pasado, Jesús decía a sus discípulos: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos". Hoy Pedro invita a la gente (y a nosotros) al arrepentimiento y conversión "para que se borren vuestros pecados". Juan nos invita a no pecar pero a la vez nos dice que "si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo". Y en el evangelio hemos escuchado: "Así estaba escrito: el mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén".

No olvidemos que perdonar pecados es prerrogativa divina: "¿quién puede perdonar pecados fuera de Dios?". Una acusación seria que hacen a Jesús es precisamente esa: que perdona pecados. Pero, ¿cómo no va a hacerlo el que tiene precisamente esa función, el que da la vida justo para liberarnos de ellos?

Que no esté de moda hablar de pecado no nos autoriza a callar algo tan esencial en el mensaje cristiano. No siempre cumplimos la voluntad divina. A veces la componente de barro hace más fuerza que la de aliento divino. El pecado forma parte de nuestras vidas.

Pero ahí le tenemos a él para otorgarnos en su nombre el perdón.

Es probable que esto del pecado nos suene más a cuaresma que a pascua. Pero es el Señor resucitado el que pone la firma para que obtengamos el perdón. Con la firma del crucificado no nos pagarían el cheque. Con la del resucitado sí. La gente de la banca (¿es falta de respeto utilizar esta imagen para Dios?) sabe bien lo que se trae entre manos. El resucitado sí es de fiar, sí ofrece garantías…

CUARTO DOMINGO: *"yo **doy mi vida** por las ovejas"*

Jesús no es solo un maestro que proponga una doctrina más o menos atrayente. En su nombre se nos perdonan los pecados, como decíamos el domingo pasado. Pero en su nombre obtenemos también la salud, la salvación: "ningún otro puede salvar; bajo el cielo no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos". "Te doy gracias porque me escuchaste y fuiste mi salvación". Dios no es un ser lejano, que se desentienda de nosotros: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos".

En ese sentido, Jesús se nos presenta como buen pastor. La imagen del pastor para referirse a los jefes es relativamente frecuente en el Antiguo Testamento. Normalmente para hablar mal de ellos, diciendo que se apacientan a si mismos, que se aprovechan de "las ovejas". Pero también para hablar por contraste de un posible buen pastor, que incluso a veces es Dios mismo, que se preocupará por el "rebaño". Esa es la orientación que da Jesús a la imagen, que hace propia: "Yo soy el buen pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas". Todo podría haber quedado en una imagen más o menos afortunada si no fuera porque, como sabemos, él entregó efectivamente su vida.

Para Dios somos importantes, nos trata como hijos. Pero parece que para Jesús también somos importantes: entrega su vida por nuestra salvación. Aquí hay mucho más que teoría.

QUINTO DOMINGO: *"Yo soy la vid**, vosotros los sarmientos**"*

La relación nuestra con Jesús va mucho más allá de la relación con un maestro, pero también va más allá de la relación con alguien al que importamos de verdad, hasta el punto de que da su vida por nosotros. No se trata solo de que haya dado su vida por nosotros, es que él constituye nuestra vida. Es la relación entre la vid y los sarmientos. Lo mismo que un sarmiento desgajado de la vid no es nada, eso nos pasa a nosotros si nos desgajamos de él. "Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mi…el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante, porque sin mi no podéis hacer nada"

Respecto a lo que significa "permanecer unidos a la vid", la segunda lectura nos aclara

que “quien guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él. Guardar los mandamientos, o sea, cumplir la voluntad de Dios, atenernos a su plan, no al nuestro.

En cierto modo, Pablo nos sirve de modelo: él tenía su propio plan, pero el encuentro con Dios lo cambió todo. De alguna manera se “injertó” en la vid. No es extraño que al principio los discípulos le tuvieran miedo, pero la fidelidad al Señor en la que progresaba la Iglesia, era también una característica suya. Creer en Jesucristo y amarnos unos a otros, tal como nos lo mandó, es la clave de todo, es la forma de permanecer unidos a la vid.

SEXTO DOMINGO: *“Esto os mando: que **os améis** unos a otros”*

“Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”. Al final, no es tan complicado lo nuestro: todo se reduce a amarnos. Dios no es tan exigente, no nos pide cosas raras: solo que nos queramos. Y eso es algo que va con nuestra naturaleza y nuestra felicidad. Y nos lo manda porque él lo hace. Él “nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados”. Si Jesús tiene autoridad para pedirnos amor mutuo es porque él nos lleva la delantera. “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” y él la ha dado por nosotros. Nos considera sus amigos. Por eso ha dado la vida por nosotros. Pero por eso también ha sido absolutamente generoso en hacernos partícipes de los secretos divinos. Cuando a Jesús le preguntan por el mandamiento principal, contesta que es amar a Dios y al prójimo. De los primeros cristianos llamaba la atención cómo se querían.

La primera lectura nos lleva a la universalidad. Dios “acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea”. También llega a los gentiles la llamada y la generosidad de Dios. “El Señor revela a las naciones su salvación”. Claro que Dios ha hecho maravillas. Claro que hay motivos para que la tierra entera aclame a Dios. Él nos ofrece a todos su salvación. Nos la ofrece a todos. Y a cambio lo único que nos pide es que nos queramos unos a otros ¡Qué Dios tan maravilloso tenemos!

ASCENSIÓN: *“Lo sentó a su derecha en el cielo”*

El cielo pertenece a Dios, la tierra la ha dado a los hombres. Jesús vuelve a su lugar, el cielo, junto a Dios. Para sentarse. No a descansar, sino a trabajar en lo que le corresponde. Es sentarse en la oficina. Para ocuparse del gobierno, la marcha del mundo, el avance del Reino que anunció e inauguró. El que en el principio estaba junto a Dios vuelve a estar junto a Dios. Como primer ministro: sentado (gobernando) a la derecha. “Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha, el otro a tu izquierda”.

En realidad se trata de algo parecido a una carrera de relevos: Jesús nos pasa la antorcha. Su “marcha” no es una fuga, es pasarnos a nosotros la responsabilidad: “recibiréis fuerza para ser mis testigos, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo”.

Que Dios lo sentó a su derecha en el cielo significa que la muerte tenía un poder limitado, que Dios da la razón a Jesús y su obra, que “ha resucitado”. Y significa al mismo tiempo que la Iglesia está en el plan de Dios, que somos ahora nosotros quienes debemos continuar la obra que inició Jesús. Ahí tenemos el mandato: “Id al mundo entero y proclamad el evangelio a toda la creación”. Resurrección, ascensión y pentecostés se complementan. Es más, son la misma cosa, vista desde distintos ángulos.

Cristo es la cabeza, la iglesia su cuerpo. Que la cabeza se haya abierto paso para entrar en el mundo de Dios es todo un motivo de esperanza para el resto de los miembros, que somos quienes formamos la Iglesia.

PENTECOSTÉS: *"Se **llenaron** todos de Espíritu Santo"*

Que el Señor Jesús haya resucitado significa que nosotros tenemos entre manos un reto que en principio no es nuestro. Él comenzó como supo y pudo su tarea, pero nos la transfirió: "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". Seguimos con el tema del perdón de los pecados. Difícil en un momento y una cultura que no entiende nada o casi nada de pecado. Y sin embargo la función del Espíritu Santo es primordialmente perdonar pecados… Y el tema de los pecados es cosa de Dios… ¿A qué se puede deber que hayamos perdido tanto la conciencia de pecado? Tal vez sea verdad que Dios se nos está convirtiendo en un estorbo… ¡qué pena! El mayor poder que en sus mejores momentos se le ocurre conceder a Dios es el de perdonar pecados. Esa sí que es una prerrogativa suya que, por lo que sea, se le ocurre compartir con los hombres.

En su momento, cuando nosotros éramos solo nosotros y no nos dejábamos influenciar por Dios, quisimos ser nuestros propios jefes, pero la torre con la que queríamos llegar al cielo se nos cayó encima, y se nos convirtió en fuente de discordias y desencuentros. Sin embargo, Dios lo ha arreglado. Estábamos llenos de nosotros mismos, y él nos ayudó a quedarnos vacíos. Queríamos llegar al cielo y nos quedamos discutiendo con el vecino. Confusión de lenguas. Pero Dios nos escuchó. Y además nos entendió…

Quisimos ser como Dios y conseguimos estropearlo todo. El entendimiento entre nosotros se hizo imposible. Ahora dejamos que Dios sea como nosotros, y todo va de maravilla! Pentecostés es el antibabel, es el germen de la nueva humanidad, es la semilla del reino de Dios, que, como la de mostaza, dará que hablar. Pequeña pero matona.